

é impulsando al hombre á buscar la manera de satisfacer sus apremiantes necesidades. ¿Puede considerarse como un defecto de los tuaregs el hecho de que, como de ello se lamenta Richardson, consideren en seguida y aun después de transcurrido mucho tiempo como propia cualquier cosa que les haya sido prometida, aunque no estén hoy seguros de vivir mañana?

En ninguna parte hay tanta falta de seguridad como en el desierto; en ninguna parte como allí es tan imposible de calcular la suerte que le está deparada al hombre que abandona las murallas ó las armas: de ello es buena prueba la suerte que simultáneamente cupo á Nachtigal y á la señorita Tinne. Esta infeliz holandesa salió al propio tiempo que Nachtigal de Mursuk para hacer un viaje por los territorios de los tuaregs del Oeste, de quienes se dice que son leales y creyentes y que respetan la santidad de los tratados. «Mi viaje — dice Nachtigal — era considerado como empresa peligrosísima al paso que el suyo no parecía ofrecer peligro serio alguno.» Nachtigal se atrevió á penetrar en la patria de la tribu tиббú más violenta y más tristemente célebre, á la que todos los que tenían noticia de su fama (y sus rapiñas se la habían dado en mucha mayor extensión de lo que sus vecinos próximos y lejanos habrían querido) calificaban de desleal, traidora, ambiciosa, ladrona y cruel. Y sin embargo volvió de aquella madriguera del león sano y salvo de cuerpo, bien que apenado por el recuerdo de aflicciones y humillaciones sin cuento, mientras que la desdichada señorita Tinne sucumbía herida por los puñales de aquellos tuaregs que, según las propias palabras de Nachtigal, aunque violentos y fanáticos, tienen fama de mantener la palabra dada y de estar dotados de cierta hidalguía varonil. Es casi indudable que tuaregs fueron los que perpetraron el crimen por más que algunos árabes les instigaran y aun ayudaran á cometerlo. De modo que



Puñal para ser llevado en el brazo, de Kano, (Museo para Etnografía, Berlín). 1/4 de su verdadero tamaño

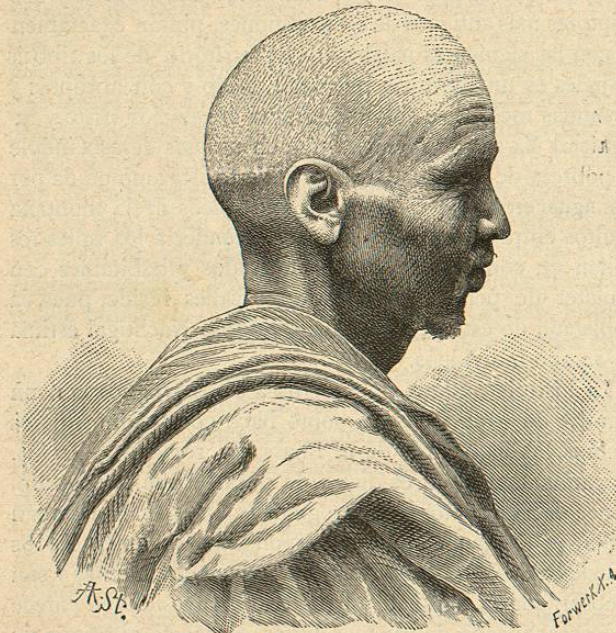
una existencia no significa nada para los tuaregs, cuyas cualidades morales tanto ha ensalzado Nachtigal. Bajo este concepto no es aventurada la opinión de E. de Bary cuando dice que entre los tuaregs la vida de un hombre representa un papel insignificante, y que por esta razón no era para ellos caso de conciencia asesinar bajo los más fútiles pretextos á los europeos que visitaban su territorio, como de ello son prueba la muerte de los franceses Dourneaux, Dupéré y Joubert, la matanza de la expedición Flatters y quizás la misteriosa muerte del mismo E. de Bary, sucesos por los cuales «ningún habitante de Rhat, por ejemplo, sintió la menor indignación,» por más que algunos conocidos del viajero censuraran en presencia de éste tales asesinatos. En las guerras intestinas tan frecuentes entre estos pueblos raras veces despuntan rasgos de nobleza y de caballería, no viéndose generalmente en ellas más que la crasa inconsideración, la sangre fría con que se combate del modo más adecuado al fin propuesto, es decir, por medio del robo y del asesinato. Tal vemos descrita la guerra que en 1877 estalló entre los dos pueblos tuaregs, el de los asgares y el de los haggares, y que se hizo á la usanza del país ó sea con sorpresas y rapiñas, ora de los asgares contra las caravanas de los haggares, ora

de éstos contra las de aquéllos, sorpresas y rapiñas que se llevaban á cabo con crueldad extraordinaria, como lo demuestra el hecho de que 150 asgares después de robar á una caravana haggara no se avergonzaron de asesinar á los cinco infelices haggares de que ésta se componía y que desde el primer momento se entregaron sin resistencia. Este estado de cosas hace que la desconfianza sea la primera condición de la vida en estos pueblos: allí donde el robo y la violencia informan la existencia de un pueblo á cada encuentro, lo primero que se procura es ponerse en guardia y asegurarse de las intenciones del frontero. La costumbre que tienen los tиббús y los tuaregs de taparse el rostro contribuye poderosamente á aumentar esta desconfianza, aunque no es en manera alguna origen de la misma: el modo cómo se saludan dos tиббús al encontrarse, sentándose tranquilamente uno enfrente de otro y con la lanza levantada y permaneciendo en esta posición algunas veces hasta media hora, no es más que una costumbre hija de este sentimiento de desconfianza. Cuando se encuentran dos caravanas la desconfianza hace que de una y otra parte se desataquen algunas avanzadas, que se ponen al habla mientras aquéllas hacen alto: á todo esto los largos fusiles están preparados para hacer fuego, y los tiradores, después de quitar los trapos en que va envuelta la llave mantienen el arma levantada al aire con las dos manos, por encima de la cabeza, hasta que hechos los oportunos llamamientos y cambiadas las palabras oportunas, y después de haberse dado á conocer unos á otros y de haberse ofrecido las mayores seguridades de sus recíprocas intenciones pacíficas, prosigue cada caravana su camino, deseando á la otra el más feliz éxito de la expedición. Los vagabundos sospechosos que fuera de los caminos de las caravanas recorren el desierto montados en dromedarios y saquean de cuando en cuando á alguna miserable tribu de beduinos, son detenidos por sus contrarios más fuertes y por ellos terriblemente apaleados y algunas veces linchados.

Este estado de cosas dificulta naturalmente el tráfico por el desierto ya difícil de suyo, pues las caravanas necesitan grandes escoltas y su marcha es lenta y pesada. ¿Qué tiene, pues, de extraño que aun en los lugares más próximos á la playa mediterránea del africano continente sean tan insignificantes las huellas del tráfico entre estos pueblos y los más civilizados que en aquéllos habitan! La elevación de precios que un tráfico hecho en tales condiciones trae consigo hace que los géneros procedentes del exterior sólo sean asequibles á los ricos, tanto más cuanto que falta allí la competencia que pudiera fomentar la mal llamada vida económica. Según Richardson, la diferencia de precios entre Trípoli y Ghat es de ciento por ciento ó poco menos. A esto hay que agregar la falta de géneros de exportación: esta falta no existía cuando florecía el comercio de esclavos, pero desde el momento en que la trata de seres humanos quedó reducida á su mínimo y en que el Sudán occidental siguió los caminos directos hacia el Océano Atlántico, decayeron notablemente casi todas las ciudades mercantiles del desierto. Nachtigal, hablando del antiguo esplendor comercial de Mursuk, señala como otra de las causas de decadencia de esta ciudad la retrógrada metamorfosis que sufrieron aún los países mahometanos de la costa septentrional, las malas condiciones mercantiles de una parte del Sudán y la apertura de nuevas vías para dar salida á los productos. Excepción hecha del producto de algunos lagos de natrón, no hay actualmente en Fessán ningún artículo que pague los largos transportes hasta la costa. La riqueza ha desaparecido por completo; familias en otro tiempo acomodadas, se han visto reducidas á la miseria ó han emi-

grado, y algunas pocas, á pesar de su extraordinaria actividad (las hay que tienen constantemente tres hermanos viajando en dirección á Trípoli y al Cairo por un lado y á Ghat, Haussa y Bornú por otro), apenas logran un resultado modestísimo. Esto ha hecho naturalmente que desaparecieran las industrias, hasta el punto de que en la tan famosa Mursuk no había hace quince años más que un carpintero de obras de afuera, que era á la vez carpintero de blanco, y un herrero que además de su oficio desempeñaba los trabajos propios de hojalatero, cerrajero y joyero: este último fabricaba objetos sumamente sencillos, y el tiempo que el ejercicio de sus industrias le dejaba libre dedicábalo á la horticultura, pues todos sus oficios no le daban para vivir, encontrándose muchas veces el infeliz sin carbón con que encender la fragua.

Los tиббús son muy superiores á los tuaregs como comer-



Un dajelán (De una fotografía)

ciantes y, lo que aquí equivale á ello, como viajeros del desierto, no circunscribiéndose en sus viajes mercantiles á recorrer su propio país, sino visitando á menudo los más apartados territorios, como lo demuestran las relaciones comerciales que desde antiguo existen entre ellos y los wandalas (mandaras) del Sud de Bornú, que les compran grandes cantidades de cuentas de cristal. Barth encontró en la ciudad de Sarán, en el Adamaou septentrional, á un tиббú que había llegado hasta allí en uno de sus viajes comerciales, y con frecuencia los mercaderes tиббús parten de Dirki y de Bilma con las caravanas de sal de los kelowis y con ellas se encaminan por Air á Kano para hacer negocios mercantiles. Antiguamente los tиббús llevaban con más frecuencia que ahora á Ghat grandes partidas de esclavos; ahora llevan sus empresas hasta Ghadames. Cuando Richardson visitó en 1845 esta última ciudad, llegó á ella un tиббú que llevaba al mercado esclavos de Bornú, y que una vez terminados sus negocios emprendió solo y con sólo un camello el viaje de regreso á Ghat, cosa que los habitantes de Ghadames, incluso los tuaregs, consideraron como empresa temeraria y expuesta que ninguno de ellos se hubiera atrevido á llevar á cabo. Los comerciantes tиббús son no sólo tenaces y perseverantes, sino también perspicaces y hábiles, y por esta razón sacan buen partido de circunstancias en las cuales otros no realizarían ganancia alguna. Iguales cualidades adornan, al decir de algunos autores, á los naturales de Kuka.

Una de las más extrañas contradicciones que ofrece el Sahara es que, á pesar de estas dificultades que al tráfico se oponen, no se extingue la afición que á emigrar sienten los hombres acostumbrados al desierto, y que las caravanas que por él cruzan y que un viajero ha comparado con los ómnibus porque tienen que tomar y dejar pasajeros por el camino, no son en manera alguna, como podría suponerse, el único medio posible de comunicación. En efecto, más de un peregrino y de un aventurero se atreven á cruzar solos este inmenso páramo inhabitado, no faltando tиббú que montado en su dromedario hace viajes de centenares de millas: á tales empresas les impulsa tanto como el espíritu aventurero la necesidad, pues donde hay pocos elementos de vida es preciso moverse mucho para poder sobrellevar la existencia. Por esto los tиббús y los tuaregs, por lo menos los que están establecidos á lo largo de las grandes vías de comunicación, son viajeros y comerciantes emprendedores: los primeros acaparan el tráfico del Sahara oriental, los segundos tienen monopolizado el del occidental, y unos y otros constituyen el elemento intermediario, ora haciendo el comercio por su propia cuenta, ora negociando en compañía, ora limitándose á servir de guías á las caravanas ó á alquilarles camellos. Desde muy antiguo la mayor importancia de los tиббús ha sido en el tan frecuentado camino de Bornú á Fessán por Bilma, pero también han comerciado activamente entre Wadai y Fessán, al paso que el tráfico directo entre Wadai y la costa septentrional, que ha comenzado en el presente siglo, está en su mayor parte en manos de los árabes. Las principales rutas seguidas por los comerciantes tuaregs son las de Ghat-Air-Bilma y Tuat-Taudeni-Timbuktú, de suerte que este pueblo es el principal intermediario del cambio de los productos del Sudán por los del Noroeste, dedicándose en primer término á llevar á Ghat y á Fessán esclavos de los territorios negros: además de esto tienen acaparado el comercio local.

Los productos propios de estos pueblos tienen proporcionalmente escasísima importancia, excepción hecha únicamente de la sal que desde la cesación del tráfico de esclavos constituye, así en los territorios tиббús como en los tuaregs, el principal elemento del comercio del Sahara: Ennedi, Bilma y Taudeni son unas de las pocas plazas del Sahara en que se hace animado comercio, y todas ellas son plazas del comercio de la sal.

De todos los habitantes del desierto los tиббús son los únicos que tienen una forma de gobierno monárquica estable, aunque con un poder muy limitado y sin gran esplendor externo. En concepto de Rohlfs, los tиббús son, desde este punto de vista, una especie de elemento de transición entre la forma política despótica de los grandes reinos negros del Norte del ecuador y aquellas tribus libres é independientes (tuaregs, árabes y berberiscos) que al Sud del Gran Atlas hacen vida nómada unas y tienen otras residencias fijas: esta situación corresponde al lugar que por sus cualidades corporales ocupan entre los pueblos del desierto, y en cuanto á lo que algunos aseguran de que esto les vale cierto desprecio por parte de los tuaregs independientes, bien podemos ponerlo en duda. Los tиббús tienen reyes y la dignidad de tales es hereditaria en ciertas familias, con la particularidad de que recae en el individuo más anciano de las mismas y no en el hijo del monarca. El rey se llama *derde* pero también se le designa con la palabra *kanuri mai*; al príncipe heredero, que no es el hijo, se le denomina *derde kotiheke* y á los demás individuos varones de una familia reinante se les da el nombre genérico de *maina*, príncipes. La reina lleva el título de *derde ádebi*. Como entre los tиббús no existen ejércitos ni otras instituciones de ad-

ministración pública fuertemente organizadas, no tiene este pueblo nombres especiales para los funcionarios y cargos á unos y otros anexos, lo cual constituye una diferencia esencial entre ellos y sus afines de Bornú entre los cuales tanto abundan los empleados: esto no obstante, llaman *bni-hento* al jefe supremo de una tropa y *exegette-hento* al segundo comandante. Sus dignatarios religiosos llevan los nombres mismos que los de los árabes mahometanos, cuya religión aceptó este pueblo, traducidos al idioma teda. Para los parlamentarios y embajadores tienen al expresión *iasí kekentere*.

La marcada división en estirpes ó clases que encontramos en el pueblo tuareg parece haber dejado también sus huellas entre los tиббús, y no creemos andar equivocados al decir que reaparece en el orden de sucesión hereditaria especial que ofrece el pueblito de los kawares, en el cual se observan también las limitaciones de la monarquía tиббú. En el pequeño territorio de Kavar la sucesión hereditaria está vinculada en dos familias emparentadas que se la transmiten alternativamente de una á otra, de modo que cuando muere el sultán, que es el miembro más anciano de su familia, le sucede el vástago más viejo de la otra dinastía: esta costumbre se debe, según Rholf, al deseo de evitar que los príncipes se hagan demasiado poderosos. Asimismo vienen éstos obligados, antes de ocupar el trono, á abandonar las riquezas que poseen á fin de que no puedan comprar esclavos con que oprimir al pueblo. Aquí, como en otros pueblos tиббús, el rey no tiene sobre sus súbditos el derecho de vida y muerte ni percibe de ellos contribuciones ni impuestos, cosa enteramente contraria á lo que sucede en los pueblos propiamente negros, respecto de los cuales opina Rohlfs que la dignidad real absoluta y el poder ilimitado se deslizaron y naturalizaron entre ellos con y por el islamismo. De suerte que, en realidad, el sultán no es más que el juez supremo que falla todas las cuestiones intestinas y el caudillo que guía al ejército contra cualquier enemigo exterior. La falta de grandes ciudades y de actividad industrial es también causa de que la organización social de los tиббús sea sumamente rudimentaria, hasta el punto de estar muy por debajo de la de los bornuanos y de los haussas.

En punto á esta organización social de los tиббús, que no es la única en su clase en Africa, sólo merece ser consignada una particularidad cual es la de que los herreros y plateros sean considerados como una casta despreciable: ningún tиббú puede casarse con la hija de uno de aquéllos ni éstos unirse á la hija de un tиббú libre; insultar á un herrero se considera una cobardía, porque el tal es tenido por los demás tиббús como falto de todo discernimiento. En presencia de todo esto se le ocurre á uno involuntariamente preguntar ¿serán los herreros de los pueblos tиббús individuos procedentes de otra tribu, quizás judíos inmigrados entre los tedas? Y sin embargo, ni por su lengua, ni por su cabello, figura y color de la piel se diferencian en lo más mínimo de los tedas, quienes, por otra parte, aseguran que todos son de una misma sangre y que sólo el oficio hace á aquéllos despreciables.

Del mismo modo que para los tuaregs el monte Haggar, es para los tиббús el país montañoso de Tibesti el centro de su mundo, el asilo de su libertad y en cierto modo el manantial que constantemente aumenta la población de sus tribus. Este territorio de peñas y montañas conocido con el nombre de Tu (que según parece significa roca por más que al decir de Nachtigal esta palabra no existe con esta significación en el idioma del país), álzase en medio del desierto un poco al Este del camino de caravanas de

Trípoli-Mursuk-Kuka, alcanzando una altura de 2.500 metros probablemente. Su suelo, como el de la montaña Haggar situada al Este, con la que tiene de común una meseta de 500 á 700 metros que les sirve de base, es de naturaleza volcánica; su pico más alto, emplazado al Noroeste, el monte Tarso, ha sido reconocido por Nachtigal como cráter de un volcán, y lo propio puede suponerse del opuesto pico Sudoriental, el de Kussi: entre uno y otro extiéndese una serie de montañas, gracias á la cual pudo el citado autor considerar en conjunto á esta cordillera «como una sola cadena ancha y continua de regular altura con muchos nudos de moderado desarrollo y de considerable elevación.» La clase de rocas compactas y los manantiales calientes, uno de los cuales nace en la falda oriental del Tarso y goza de gran fama, confirman la impresión de una formación volcánica no menos que el árido y agreste carácter general del país que Mohammed y Tunisi, los dos viajeros y descriptores más antiguos de estas regiones, pintan exactamente con las siguientes palabras: «El territorio de los tиббús resjades es un territorio quemado, árido y con abruptas y desnudas rocas, que sólo ofrece una vegetación triste y raquítica.» Ya se comprenderá que en un país de esta índole la pobreza de aguas natural del desierto está aminorada por los aguaceros que caen en los fríos picos de la montaña ocultos entre las nubes, y que al descender á los valles los ponen en condiciones de ser cultivados y habitables con carácter de permanencia. En estos valles reside, pues, la población de este pequeño territorio que Nachtigal estima en 12.000 individuos.

La historia antigua no designa á estos pueblos con un nombre de tribu concreto como hace con sus inmediatos vecinos los habitantes de la Phassania romana (Fessán), los garamantas, pero es digno de notarse que las descripciones de Herodoto de los trogloditas libios que habitaban al Sud de los garamantas, corresponde perfectamente á los actuales tedas, que en parte todavía viven en cavernas y son famosos por su agilidad y habilidad y cuyo idioma parece un oasis rodeado de idiomas libios. Respecto al origen de los tedas hay un hecho que arroja sobre esta cuestión un rayo de luz, y es el de que ese antiguo historiador no los coloca entre los libios, en cuyo número incluye á los garamantas vecinos de aquéllos, á los audchilanos y á los amonios, sino que los designa expresamente como etíopes. Este dato de Herodoto, sin embargo, no está confirmado por ningún griego posterior á él, ni por ningún romano ni árabe. Ninguna vía militar ni comercial pasa por Tibesti, país que aun durante el período de efímero esplendor del reino de los garamantas, cuando éstos se extendieron hasta el Sudán, se mantuvo libre de invasores que pudieran hablar de él ó siquiera consignar su nombre. Siempre que en aquellos tiempos se habla de los tedas hácese referencia á los que residían en Fessán, Kanem etc.; en cuanto á los tedas de las peñas no volvemos á oír hablar de ellos, hasta que los viajeros europeos que avanzaron por el Sudán divisaron desde lejos sus peñascos y adquirieron noticias acerca de ellos en Mursuk y en Bornú. Pocas veces la naturaleza ha dotado á un país de mejores condiciones para permanecer aislado y oculto; el desierto que lo circunda, las montañas que en él se elevan, la pobreza que no incita á la conquista y el valor y la energía de sus habitantes son otras tantas concausas que contribuyen á hacer de él una fortaleza natural, cuyo recinto sólo muy precipitadamente pudo examinar el único europeo que se atrevió á penetrar en ella, Nachtigal, y que tuvo que salir de allí á toda prisa. Gracias á este aislamiento, el pueblo que habita estas montañas ofrece en sus cualidades mayor unidad que ningún otro

pueblo del Norte de Africa. «Así como el vecino Fessán presenta al observador el cuadro de una población abigarrada y tan mezclada que se hace punto menos que imposible separar los distintos elementos que la constituyen, en Tibesti encontramos una población completamente homogénea: quizás haya en ella algún individuo suelto procedente de Borkú ó de Kavar (y aun esto acontece muy rara vez), pero en todo el Tu no reside un solo árabe, tariki ó bornuano libre: todos allí son tedetus, todos son tedas, y aun cuando existen diferencias individuales que los separan la comunidad de cualidades esenciales, así físicas como morales, imprimen en todos ellos un sello común característico.» (Nachtigal).

Al Sud del país montañoso de Tu ó Tibesti, que es el que abarca las mayores alturas del desierto, hay un grupo de hondonadas que en conjunto se conocen con el nombre de país de Borkú (Borgu): éste se extiende á un nivel mucho más bajo que el del lago Tsad (275 metros) al cual pone en comunicación con el Bahr el Gazal, aquel río seco que ofrece el raro fenómeno de ser un desague secado de aquel lago y no un afluente con carácter de wadi, como por tanto tiempo pretendieron los sabios contra lo que afirmaban los indígenas y los árabes. En esta región abundan las huellas que, como vértebras de pescados y moluscos que hoy viven en agua dulce, demuestran que el terreno estuvo cubierto de agua, y no son menos frecuentes las que claramente indican la existencia de antiguas y extensas residencias; díganlo sino la multitud de ruinas de humanas construcciones, las derruidas obras de riego y los innumerables tuestos de arcilla que allí se encuentran. Este territorio de 2.000 millas alemanas cuadradas puede ser considerado como país antiguamente inundado por el lago y hoy completamente seco: contiguo á él extiéndese Borkú, que de esta suerte unido con la depresión del Tsad es, sin embargo, en una buena parte, país de declive de las montañas de Tibesti. Los manantiales que lo riegan y la abundancia de aguas que por fortuna para los nómadas se descubren á muy escasa profundidad, son debidos á una y otra circunstancia: ambas han hecho de un territorio de 300 millas cuadradas una de las comarcas por su fertilidad más famosas de cuantas existen entre el Sudán y el desierto. La configuración de su suelo es muy variada: pequeñas cadenas de colinas, estribos de la cordillera de Tibesti, atraviesan como costillas de roca abruptas, arenosas y áridas el suelo gris arcilloso de las tierras bajas á menudo limitadas por estrechas dunas, en lo cual se parecen á los oasis del desierto. El país va descendiendo hacia el Sud en donde aparece la mayor riqueza de aguas; el mayor oasis de Borkú, Wun, corresponde al Sudoeste. Considerada en conjunto, compónese esta comarca de un gran número de oasis en forma de hondonadas separadas unas de otras por pequeñas alturas y recuerda en cierto modo á Fessán, con la diferencia de que en ella los rasgos á éste característicos son más limitados y tienen menos el aspecto propio del desierto. Como en todo el Sahara, el viento aquí dominante es el Estenordeste que rara vez se desvía en sentido Sudeste y al cual el dialecto dazia del idioma tиббú denomina simplemente *auen*, es decir, viento: sin embargo, cuando en mayo, junio y julio caen en el vecino Sudán las grandes tempestades propias de su período de lluvias, el viento por ellas afluído toma la dirección Oeste y Sud, sin más consecuencias que la formación de nubes por la mañana y por la noche, algunos relámpagos y ligeros chaparrones. Las lluvias son poco intensas, menos que en el montañoso país de Tibesti, pero en cambio el agua permanece más en la superficie gracias á la configuración del suelo, prosperando

con tal exuberancia las palmas datileras que en todos los valles llegan á formar espesos bosques, y aunque sus frutos son inferiores á los de las palmas de Fessán superan á los de Kavar y de Tibesti. De esta familia de árboles existen en Borkú varias especies. También prospera en Borkú la palmera dum, con cuyos frutos han de alimentarse los habitantes de este país cuando los árabes les arrebatan sus dátiles, cosa que sucede á cada cosecha. De las demás plantas alimenticias merecen ser citadas las hierbas denominadas *kreb* y *akresch* cuyas semillas hacen con frecuencia las veces de cereales en la alimentación de estos habitantes (véase pág. 193), que cultivan, además, en sus huertos el trigo, la *Penicillaria* y un tabaco no despreciado por aquel comercio. Existen también vastas llanuras cubiertas del mismo forraje para los camellos que encontramos más hacia el Norte.

Del propio modo que este país se compone de semidesiertos en donde predomina la vida nómada y de oasis llenos de huertos y de bosques de palmeras, su población, que Nachtigal estima en 10 ó 12.000 almas, se divide en nómadas y sedentarios: el número de unos y otros es aproximadamente el mismo, pero ya se comprenderá que los segundos están dominados por los primeros, á los cuales vienen á agregarse nómadas extranjeros, que como los auldsolimanes, en cuya compañía visitó Nachtigal el territorio de Borkú, han adquirido por medio de la conquista un derecho de propiedad sobre la cosecha de dátiles de ciertos oasis que en la actualidad ya nadie les disputa. Los elementos sedentarios de la población de Borkú, conocidos con el nombre genérico de dongosas ó dosas, se diferencian corporalmente de los tedas de Tibesti por el color quizás algo más oscuro, pero mucho mayor es la diferencia que por su tinte cobrizo ó bronceado, por su figura esbelta y proporcionada, por su flaqueza y por su estatura regular les separa de los habitantes de Bornú y de Kanem, más oscuros, más rústicos y más gruesos que ellos. El tatuaje de estas gentes consiste en incisiones perpendiculares de tres centímetros de largo, que se hacen en las sienes así los nómadas como los sedentarios. Según refiere Nachtigal, los habitantes de Tiggi y de Buddu, como muchos pueblos del Sudán, no sólo arrancan los caninos de leche de los niños para facilitar la dentición, sino que por consideraciones estéticas se arrancan luego los que después de aquéllos les salen. En punto al traje y á los adornos de los naturales de Borkú no ofrecen diferencia alguna notable con los de los demás habitantes del desierto meridional, como no sea la mayor pobreza que también se nota en Tibesti: muchas veces el traje de las mujeres y de las muchachas núbiles se reduce á una simple piel de oveja colgada en la cintura. Por lo que toca á las viviendas, prevalecen casi exclusivamente las cabañas de esteras de los nómadas de Tibesti que las tribus sedentarias de Borkú prefieren á las cabañas de hojas de palmera de Fessán.

Desde el punto de vista político aparecen los borkuanos tan fraccionados y desunidos como los tibestis, y como carecen no sólo de una organización firme sino también de las fortalezas naturales entre cuyos peñascos puedan hallar segura defensa, no tienen más remedio que ser víctimas de sus rapaces vecinos de las tribus árabes ó tиббús que los tratan del modo miserable más arriba descrito. Las tribus nómadas, cada una de las cuales tiene su caudillo propio, y los lugares aislados faltos de toda cohesión política sólida, hasta el punto de que en un mismo lugar puede darse el caso de que, confundido el origen de la población de un valle, sean reconocidos varios caudillos, no han podido conservar su independencia. Algunas veces ha sur-